

Trayectorias sociales juveniles. Cursos y discursos sobre la integración laboral

Oscar Dávila
Felipe Ghiardo

Centro de Estudios Sociales CIDPA
oscar@cidpa.cl; felipe@cidpa.cl



Rebut: 01-05-2009
Acceptat: 25-05-2010

Resumen

Con la base en dos investigaciones sobre juventud en Chile: *Análisis de las encuestas nacionales de juventud* (1997, 2000, 2003 y 2006) (2007) e *Inserción laboral y trayectorias sociales juveniles* (2008), se intenta dar cuenta de las relaciones posibles de establecer en la configuración de proyectos y trayectorias en jóvenes, poniendo énfasis en los procesos de modernización experimentados en el campo de la educación y el empleo, así como sus impactos en los proyectos de vida juvenil.

Palabras clave: sociología de la juventud; integración social; integración laboral.

Abstract. *Social Pathways of Young People*

In this paper, we purport to account for relations that may be established amongst youngsters within the configuration of projects and paths youngsters face. The paper emphasises processes of modernisation experienced in the fields of education and employment, and their impact on the life projects of young people. Our analysis is based on two research projects carried out in Chile: *Análisis de las encuestas nacionales de juventud* (*Analysis of the National Youth Surveys*) (1997; 2000; 2003 and 2006) (2007) and *Inserción laboral y trayectorias sociales juveniles* (*Labour Insertion and Youth's Social Paths*) (2008).

Key words: sociology of youth; occupationnal integration; social integration.

Sumario

- | | |
|---|--|
| 1. Introducción | 4. Los discursos juveniles
sobre sus trayectorias de vida |
| 2. Integración laboral
y proyectos de vida juvenil | Referencias bibliográficas |
| 3. Las condiciones juveniles:
estructuras de transición y trayectorias | |

1. Introducción

El texto que se presenta intenta investigar las estrategias de integración laboral y las lógicas discursivas que están produciendo los jóvenes con el mundo del trabajo, así como sus vinculaciones con las denominadas «trayectorias sociales juveniles». El análisis se concentró en los jóvenes y las jóvenes entre veinticinco y veintinueve años de edad que pertenecen a los estratos medios y medios bajos (C y D) y que habitan en las ciudades de Valparaíso, Santiago y Concepción, en Chile. La decisión de trabajar con la «juventud tardía» obedece a que constituye la porción de la juventud que más trabaja y, por lo mismo, concentrar el análisis en este segmento de población en específico entrega mayores insumos para la comprensión de las subjetividades que estaría produciendo la población joven frente a las transformaciones en el mundo del trabajo y la economía.

Desde un punto de vista metodológico, se diseñó un proceso que permitiera desarrollar el análisis en base a dos dimensiones fundamentales: el curso de los trayectos que han seguido estos jóvenes y los elementos subjetivos que aparecen cuando hablan de trabajo. En términos técnicos, eso implicó combinar información cuantitativa y cualitativa. La cuantitativa se extrajo de la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta encuestas nacionales de juventud realizadas por el Instituto Nacional de la Juventud (INJUV) y se utilizó fundamentalmente para describir los trayectos que han podido generar los jóvenes y las jóvenes de estos sectores. La cualitativa se produjo mediante entrevistas en profundidad y grupos de discusión.

Los resultados de este proceso de investigación muestran que el trayecto laboral de los jóvenes de estos sectores no se puede entender si no es combinando su análisis con las dimensiones educacionales y con las situaciones personales de vida, y que es justamente en el cruce entre estas tres dimensiones de la vida que se puede armar una imagen más completa sobre los cursos que han seguido. Paralelamente, el análisis de las entrevistas mostró que los cursos de las trayectorias están íntimamente conectados con las evaluaciones subjetivas que los jóvenes hacen de su situación y de la manera cómo figuran sus proyectos de vida y los caminos que anticipan para lograrlos. Por último, el análisis de las discusiones grupales sugiere que en la conversación sobre el trabajo que se da entre esta población hay elementos comunes que hablan de un temor frente al acortamiento de los tiempos para el logro de sus expectativas laborales y de las sensaciones de incertidumbre que está produciendo el mundo del trabajo contemporáneo.

2. Integración laboral y proyectos de vida juvenil

La integración laboral representa un elemento central para la configuración ideal y práctica de los proyectos de vida de los jóvenes. De ahí la importancia de estudiar los elementos que están definiendo la relación entre los jóvenes y el mundo del trabajo. Entre los estudiosos de los fenómenos económicos, existe consenso en que el análisis de lo que ocurre con la población joven es

clave para entender el impacto social y cultural de las transformaciones que están ocurriendo en el mundo del trabajo. No hay que olvidar que el tránsito hacia la vida productiva es uno de los elementos decisivos en la constitución de la juventud como categoría social y, por eso, cualquier cambio en las lógicas con que opera el «mundo del trabajo» tiene su correlato en los modos de constitución de los sujetos juveniles. Las barreras que deben sortear y las estrategias que utilizan para ingresar en el espacio laboral representan una especie de barómetro, tanto de las lógicas de integración que impone el mercado de trabajo como de las condiciones de vida que generan. Como señala Weller, en la inserción laboral de los más jóvenes se observa hasta qué punto los procesos macroeconómicos se traducen en mejoras en los niveles de bienestar de la población (Weller, 2003).

El mismo consenso existe entre quienes se dedican a estudiar los fenómenos juveniles en torno a la necesidad de descubrir los nexos entre las dinámicas que marcan la integración laboral de los jóvenes y los cambios que se están produciendo en la configuración de las distintas maneras de ser joven y de vivir la juventud, sobre todo en lo que tiene que ver con las diferencias que se asocian a las condiciones sociales y culturales de existencia.

Desde ambos campos, lo que se recomienda es tratar de acercarse a las «miradas», las «visiones», las subjetividades que vienen elaborando los propios jóvenes respecto al trabajo y sus distintas aristas. El problema es que no es mucha la investigación que ha considerado este elemento como su foco de estudio. La mayoría de los análisis ha trabajado en base a tendencias estructurales macrosociales, sin considerar mayormente el plano subjetivo. Por este motivo, entrar en los discursos de los jóvenes sobre el trabajo, la inserción laboral y la movilidad social, entre otros temas, se asume como la pieza que falta y no puede seguir faltando en este puzzle.

Lo otro que se sugiere es que, para afinar el análisis, se trabaje con poblaciones específicas. De ese modo, se lograrían análisis más precisos y profundos. En el caso de la juventud, esto es particularmente importante. No se puede perder de vista que, como categoría estadística, cubre desde los quince hasta los veintinueve años, es decir, incluye a personas que pueden llegar a tener hasta quince años de diferencia. En ese sentido, considerar a la juventud como un grupo tanto etaria como social y culturalmente homogéneo, puede limitar la validez de los análisis y el alcance de los estudios. De ahí la pertinencia de desglosar el análisis y ajustarlo a las distintas condiciones que pueden resultar relevantes, principalmente las relativas a la edad, al género o a las condiciones socioeconómica, étnica y geográfica.

Considerando lo anterior, nos concentramos en una población específica: los jóvenes y las jóvenes entre veinticinco y veintinueve años de las regiones de Valparaíso, Bío Bío y Metropolitana, que pertenecen a los estratos medios y bajos (C y D). Este es un grupo sobre el que, solamente en términos etarios, existe poca información y ha sido poco investigado. Por lo general, los datos sobre empleo que están disponibles incluyen al grupo entre veinticinco y veintinueve años junto al grupo entre treinta y treinta y cuatro años, lo

que hace difícil aislar las tendencias de este grupo específico. Quizás por lo mismo, la mayor parte de los estudios sobre empleo y juventud han tendido a concentrarse en los grupos de menor edad, entre quince y veinticuatro años, principalmente (Weller, 2003; Tokman, 2004), y a considerar al tramo entre veinticinco y veintinueve años como parte de la población adulta.

Ante la invisibilización de este grupo específico, se hace pertinente la pregunta por la relación con el trabajo que está estableciendo esta porción específica de la juventud chilena. ¿Cuál es el curso que le impone a su trayectoria la búsqueda de soluciones a su inserción laboral?, ¿influye el modo en que se «mira el mundo»? ¿influye la «actitud»? ¿qué hay de los roles de género?, ¿hacia donde se dirigen sus proyectos de vida? y ¿cuáles son sus aspiraciones y cuáles sus expectativas de logro?

Las respuestas a estas y otras preguntas las intentaremos buscar hurgando en las trayectorias de los jóvenes de estos sectores y en los discursos que elaboran, para, de ese modo, recuperar la mirada que vienen construyendo en su propia relación con el trabajo como un elemento necesario a tener en cuenta, tanto por quienes estudian los fenómenos juveniles y económicos, como por quienes tienen a su cargo el diseño de políticas en uno y otro sector. Con esto se pretende aportar al conocimiento sobre las transformaciones subjetivas que están generando los cambios económicos, toda vez que, al investigar la relación entre las transformaciones ocurridas en el mundo del trabajo y los distintos modos en que se constituye en sujeto este sector específico de la juventud, se puede observar el modo en que se están expresando las transformaciones del mundo laboral en quienes recién se integran o se intentan integrar plenamente y que, por lo mismo, probablemente no vivieron modos anteriores de trabajo ni experimentaron en carne propia los profundos cambios laborales ocurridos en las últimas décadas.

Teniendo en cuenta lo señalado, se decidió adoptar una metodología que combina información de tipo cuantitativo y cualitativo. La información cuantitativa se extrajo de cuatro de las cinco encuestas nacionales de juventud realizadas por el INJUV. Con estos datos, se caracterizó a los jóvenes y a las jóvenes que actualmente tienen entre veinticinco y veintinueve años de los estratos C y D, y se comparó su situación con la de los jóvenes de la misma edad, pero de los otros estratos socioeconómicos. Al mismo tiempo, al contar con las bases de datos de esta serie de encuestas nacionales de juventud, se pudo comparar la situación actual de los jóvenes entre veinticinco y veintinueve años de los estratos C y D con la situación de la misma cohorte en períodos anteriores, observar sus tendencias en el plano educativo, laboral y en lo que se refiere a «condiciones juveniles» (maternidad, jefatura de hogar, independencia residencial), para, de ese modo, analizar su relación con el trabajo.

3. Las condiciones juveniles: estructuras de transición y trayectorias

El sujeto que nos ocupa son los jóvenes y su relación con el trabajo. Ese sólo hecho hace pertinente contar con algunos elementos que permitan armar una

imagen respecto a quiénes se hace referencia al hablar de jóvenes y en el marco de qué contexto social e histórico convendría entenderlos. La discusión teórica y el trabajo de investigación sobre «la juventud» ha venido configurando distintas formas de entender y definir a esta categoría social. Por citar sólo algunas, se la ha definido como un segmento de la población que comprende a todos quienes se encuentran en un determinado «tramo etario»¹. Hay otra línea analítica que se enfoca en las particularidades de «la juventud» como sujeto social e histórico que crea su propia cultura (la «cultura juvenil»), sus propias prácticas y estilos de vida, etc. Otra que define a la juventud como el proceso de transición a la vida adulta y que centra el análisis en los modos en que cultural e históricamente se dan el conjunto de procesos que van configurando a las nuevas generaciones de adultos. Incluso hay algunos autores que han llegado a decir que la juventud no pasa más allá de ser una mera palabra.

Cada uno de estos enfoques aporta elementos para comprender aspectos parciales de los fenómenos juveniles. En el caso nuestro, se ha preferido adoptar una postura, si se quiere, «eclectica» y mezclar elementos de las distintas perspectivas para desarrollar unos pocos conceptos y describir algunos procesos que son importantes de tener en cuenta para el ejercicio de comprender las lógicas de acción y proyección en el campo del trabajo que han venido construyendo las actuales generaciones jóvenes.

a) Estructuras de transición

Como forma de entrada, vamos a tomar algunos elementos que nos acercan al enfoque de la juventud como el proceso de transición a la vida adulta. Al tomar esta opción, estamos obligados a asumir que la sola idea de entender a la juventud como el proceso de configuración de nuevos individuos adultos implica un doble problema. El primero es que encierra el peligro de asumir un concepto algo peyorativo sobre los jóvenes como «sujetos incompletos», que les falta, y que puede, por tanto, llevar a negar sus particularidades en tiempo presente. El segundo, que está relacionado con lo anterior, implica asumir que este sujeto es incompleto porque todavía no llega a completarse, lo que hace inevitable la pregunta por ese estado final: la adultez. ¿Qué es ser adulto?, ¿cuándo se está frente a un adulto? o ¿cuándo se deja de ser joven?

Sería pretencioso de nuestra parte tratar de resolver completamente estos interrogantes. Sin embargo, por la experiencia de nuestro trabajo en particular, que nos ha permitido trabajar esta temática en diversos estudios con jóvenes, podemos decir que no se puede hablar de una frontera clara entre juventud y adultez. No se sabe bien qué hace efectivamente adulto. Tiene que ver con la edad, ciertamente, pero no es solamente un tema etario. A nuestro entender, tiene que ver con tres elementos fundamentales que suelen estar entrelazados: la conformación de familia, la entrada de manera más o menos permanente

1. Este criterio es variable. Hasta no hace mucho tiempo, en Chile «la juventud» comprendía a la población entre quince y veinticuatro años. Actualmente llega hasta los veintinueve años.

al mundo laboral y la independencia económica y residencial. Estos tres son los tópicos que se nombran cuando hemos tenido la posibilidad de conversar sobre la frontera entre la juventud y la adultez.

Por lo anterior, si queremos considerar la idea central del enfoque que intenta analizar los fenómenos juveniles en el marco de esta transición a la vida adulta, necesariamente tenemos que asumir por lo menos dos puntos. El primero es que tanto la juventud como la adultez son conceptos sujetos a significaciones sociales, susceptibles, por tanto, a posibles variaciones. El segundo es entender a la juventud como un *proceso*: el proceso en que se va diluyendo esa especie de unidad que se vive entre el cuerpo, la mente y la condición social de niño, y se va configurando un individuo que, tarde o temprano, y por motivos variables, se asumirá como «adulto».

Que la juventud represente un período de «transición» no significa que sea una etapa de pura latencia, una espera inerte o moratoria inactiva. Por el contrario, toda transición es un proceso lleno de modificaciones, en que hay algo que está en curso y se desenvuelve, un sujeto que cambia. De hecho, si hay algo que puede definir a la juventud como «etapa de la vida» es precisamente la ocurrencia de una serie de cambios que van desde los de orden estrictamente biológico hasta los de condición social. Durante la juventud, cambian los cuerpos, se obtienen derechos cívicos, se crean identidades y nuevos referentes culturales, se establecen relaciones de pareja, muchos se convierten en padres o madres, algunos trabajan, se adquieren oficios, otros se hacen independientes... Todos son hitos que, en su conjunto, van definiendo la forma y marcando el ritmo a este tránsito.

Lo interesante es que, si nos concentramos en estos hitos y los vamos hilando, si dibujamos su secuencia, su orden y sus tiempos, podemos configurar distintas formas de «hacerse adulto», o lo que podemos llamar diferentes «estructuras de transición». Este concepto nos parece que sirve para analizar lo que ocurre en la etapa de juventud de una manera integrada. Lo primero que tenemos que hacer es reiterar su carácter histórico. El interés que existe en analizar las transiciones juveniles viene precisamente porque las formas de transición hasta hace poco «típicas» han ido cambiando o ya no son las únicas. La tradicional estructura *lineal* de transición, definida por una secuencia culturalmente establecida y socialmente reproducida, en que de estudiar se pasa a trabajar, de ahí al matrimonio y la crianza de hijos, todo con plazos estrictos, con edades prescritas, ha ido cediendo terreno a nuevas formas de hacerse adulto, nuevas formas de transición, con otra estructura, con otro orden en la secuencia y otros tiempos para cada paso². Estas estructuras de transición están asociadas a

2. Lo que se señala es que se viene produciendo un paso desde formas lineales de transición hasta un nuevo tipo que, como señala Machado Pais (2002a y 2002b), se podrían describir como de «tipo yo-yo», reversibles o también laberínticas. La analogía es que las nuevas formas de transición se asemejan a la imagen de las grandes autopistas, donde el medio de transporte o el móvil es precisamente el automóvil con el sujeto como conductor, y donde no hay un camino absolutamente inicial y final, sino una cantidad impresionante de retornos, tréboles, salidas de la autopista, vuelta atrás, vuelta a iniciar nuevamente determinados trayectos. A diferencia de los formatos lineales, que más se asemejan a un ferrocarril: una sola máquina y una sola vía.

lo que cultural y socialmente se define para cada clase de edad y para cada sexo en cada clase de edad.

Ahora bien, que las estructuras de las transiciones tengan un carácter histórico, no quiere decir que cada época genere un solo modo de hacerse adulto común para todos. Por el contrario, en cada época hay diferentes «libretos» para las transiciones, cada uno característico de un grupo social específico³, como también de lo que cada grupo asigna a cada género. Las etapas por las que han pasado las generaciones de jóvenes de cada uno de los distintos grupos sociales han sido diferentes, y esas diferencias tienen que ver tanto con el tipo de etapas por las que se pasa, como con los tiempos cronológicos en que ocurre un mismo cambio de condición. Por ejemplo: los jóvenes de sectores populares no siempre han estudiado, luego trabajado y conformado una familia. Hasta no hace mucho, el paso de la infancia a la adultez era para ellos un paso corto, drástico, trabajaban desde temprana edad, sin estudios o con muy pocos, situación quizás más marcada en el caso de las mujeres, que pasaban de ser niñas a esposas y madres, sin etapas intermedias.

En la actualidad, se puede decir que estamos ante una especie de homogeneización parcial de la estructura de las transiciones en los distintos sectores de la juventud, que se debe principalmente a las transformaciones en el plano educacional. Las altas tasas de cobertura en educación secundaria, sumada a la obligatoriedad que recientemente se le otorgó a los doce años de escolarización, de alguna manera hacen que la gran mayoría de los jóvenes muestre una estructura de transición similar, eso al menos hasta la edad en que normalmente se completa la educación secundaria. No obstante, siguen habiendo diferencias que tienen que ver con los tiempos —las edades— que duran las etapas y se pasa de un hito a otro. Por lo general, los jóvenes de bajos recursos económicos siguen estudiando menos años y entrando a trabajar a edades más tempranas que los de clases media y alta. Como contrapartida, la edad hasta la que estudian los jóvenes de clases media y alta es mayor que la de jóvenes de clase baja.

Esto último convierte al tiempo en un elemento central para el análisis de las transiciones. No incluirlo significa dejar fuera un factor generador de estructuras de transición diferentes, tanto entre períodos históricos como entre grupos o clases en un mismo período. Lo que se produce es una especie de

3. Como escribe Salazar, la «juventud dorada» de mediados del ochocientos «maduraba siguiendo paso a paso un libreto trazado de antemano, que era rígido pero seguro y, en todo caso, asaz conspicuo: una operación universitaria local tipo relámpago destinada a obtener un título profesional, uno o varios viajes a Europa, casamiento ventajoso allá o acá, retorno a Chile para hacerse cargo de los grandes negocios de la familia, y, finalmente, asunción de la adultez ingresando a la política de nivel nacional, ojalá como “senador” o “ministro”» (Salazar y Pinto, 2002: 31). Mientras, en la misma época, los jóvenes *gañanes* vivían otras experiencias, se hacían adultos de otra forma, yéndose adolescentes del hogar en busca de suerte por los caminos, adoptando el vagabundaje como forma de vida, en permanente movimiento, trabajando un tiempo en un lado y luego en otro, probando suerte, a veces robando, seguros de que nada era seguro, con pocas posibilidades o ninguna de formar un hogar, de establecer familia (Salazar y Pinto, 2002).

dialéctica entre la forma. Cualquier cambio en la forma de las transiciones es producto y a la vez produce una forma de concebir el tiempo, de situarse en la relación entre presente y futuro, que se expresa de manera suma en la etapa de la juventud. Y es que cuando se es joven, socialmente joven, la familia, el Estado, la escuela, fuerzan la definición del futuro, otorgan la facultad para elaborar *proyectos* de vida. De ahí que la juventud se imponga como la etapa en que se debe definir el futuro, en que los sueños de la infancia se vienen encima y se vuelven problema del presente⁴. Esa es una de las claves para entender lo que ocurre en la subjetividad de los sujetos jóvenes: la proyección presente de la vida futura, los anhelos sobre lo que quisieran hacer y llegar a ser, sobre el mundo que quisieran vivir.

Todos estos sueños sobre el futuro forman parte de un proceso que es íntimo, profundamente personal, pero cuya fuente no está puesta en el vacío, fuera de toda conexión con la realidad (PNUD, 1998). Por el contrario, las aspiraciones nacen de condiciones sociales, de los «mundos de vida» que configuran esas condiciones. Se nutren de relatos que se han escuchado, de historias familiares conocidas, de lo que le pasó al amigo, lo que llegó a ser el «conocido», lo que tuvo que hacer el familiar para «ser lo que es» o «tener lo que tiene». Ahí está la fuente y a la vez el filtro de esos sueños, el fondo en que se contrasta lo ideal con lo posible, *que convierte la aspiración en expectativa*⁵. Por eso las aspiraciones de los jóvenes y las formas de llevarlas a cabo adquieren sentido al enmarcarlas en lo que a cada uno le toca vivir, porque ahí está el contexto, si se quiere, «objetivo» y «subjetivo» que condiciona los futuros posibles de ser pensados y que abre o cierra las posibilidades para llevarlos a cabo. Y es en este juego entre presente y futuro, entre sueños y decisiones, entre lo ideal y lo posible, que los jóvenes se van haciendo adultos y ocupando un lugar en la sociedad, configurando su *transición* y trazando su *trayectoria*.

b) Trayectorias sociales

La diferencia entre transición y trayectoria no está del todo clara. Al revisar estudios y ensayos sobre juventud, nos encontramos con que se suelen utilizar indistintamente ambos términos para designar fenómenos que son diferentes. Machado Pais, por ejemplo, llama *trayectoria yo-yo* a la estructura de transición que va y vuelve de una condición a otra, del estudiante que pasa al trabajo y

4. Un dato interesante sobre el peso de esta imagen sobre la juventud como etapa de la vida: en las cuatro primeras encuestas nacionales de juventud del INJUV, ante la consulta sobre la característica más relevante que define a la «etapa juvenil», la opción «vivir grandes ideales» viene a la baja: 20% en 1994, 17% en 1997 y 8% en 2000 y en la de 2003 llega al 6%. Lo contrario ocurre con la opción «decidir qué hacer en la vida»: sube del 37% en 1994, al 41% en 1997, al 45% en el 2000, y en el 2003 llega al 46%.
5. «Aspiraciones, anhelos, sueños, son las representaciones que se hacen los individuos y los grupos acerca del estado de cosas, personales o sociales, que desean para el futuro y que caracterizan como «lo mejor». Las aspiraciones son distintas de las expectativas, porque éstas se refieren a lo que se cree que ocurrirá en el futuro dadas las tendencias actuales, no lo que se desea que ocurra ni lo que se está dispuesto a hacer para ello» (PNUD, 2000: 58).

luego vuelve a ser estudiante, o del joven que asume la independencia pero luego vuelve a la dependencia (Machado Pais, 2000). Nosotros preferimos diferenciar ambos términos, porque pensamos que dan cuenta de fenómenos que, si bien se entrecruzan, están relacionados, lo que veremos más adelante, en rigor, son de diferente naturaleza o corren por planos diferentes. Como lo hemos venido entendiendo, el término *transición* sirve para hacer referencia a un proceso doble que incluye los cambios biológicos propios del crecimiento y los pasos de determinadas «situaciones de vida» a otras, de la no maternidad a la maternidad o de la inactividad a la vida productiva, por ejemplo.

La *trayectoria* está puesta en otro plano. En el análisis de las trayectorias, no es la secuencia que producen los distintos hitos que van marcando la generación de nuevos individuos adultos lo que importa, sino las posiciones en que se producen y las que van produciendo. Para pensar en términos de trayectorias, tenemos que, necesariamente, suponer que la trayectoria social de cada individuo puede ser representada como un trazado inscrito en un espacio. ¿Qué tipo de espacio?

Aquí conviene detenernos un momento en la noción de *espacio social* que desarrolla Pierre Bourdieu. En *La distinción*, el sociólogo francés, preocupado por introducir el tema de las prácticas y las tomas de posición (opiniones) como parte del análisis de las clases sociales, realiza un ejercicio complejo que le permite ir estableciendo relaciones entre una multiplicidad de prácticas —deportes, juegos de salón, visitas a museos, preferencias musicales y plásticas, opinión política, entre otras— con las características que definen a cada «agente» individual, como los llama: su nivel de educación, el tipo de establecimiento del que egresó, el título que posee, la actividad que desarrolla, si es campesino, obrero calificado, profesional, académico, empresario, entre otros elementos. El resultado es lo que Bourdieu define como *espacio social*, un cuadro gráfico formado por el cruce de dos ejes, cada uno escalado de más a menos: uno horizontal, con dos dimensiones que corresponden al *capital económico* y al *capital cultural*, y otro vertical, que representa la suma de los diferentes tipos de capital, lo que Bourdieu define como *volumen global de capital*. En este plano, cada individuo ocupa un punto cuyas coordenadas se obtienen aplicando una *función* que desglosa la *estructura* de su capital; esto es, mide el *volumen* de cada especie de capital y los ordena de acuerdo con su *peso relativo*. Las diferencias de posición entre un individuo y otro quedan, de este modo, determinadas por el volumen de capital que posee —sobre todo del *económico* y el *cultural*—, así como por la estructura de esos capitales⁶.

Al ir ubicando a los individuos en este espacio, se van produciendo relaciones de cercanía que generan *grupos* que concentran en una posición distingui-

6. ¿Por qué la importancia de los capitales económico y cultural? Porque, si se trata de conformar grupos sociales, Bourdieu asume que tenía que partir por los factores que más gravitan en la estructuración de las sociedades, los que con más fuerza determinan la generación de diferencias entre los grupos sociales, que más condicionan las condiciones de vida y que, a la vez, más condicionan la forma en que cada individuo o grupo *interpreta* esas diferencias sociales.

ble a todos aquellos que presentan un volumen y una estructura de capitales similares. Cada grupo de posición aparece asociado, también por relaciones de cercanía o lejanía, a una serie de recursos, bienes, prácticas, opiniones, gustos, y, en la medida que se acercan a otros grupos de posiciones, van generando *clases* de posiciones diferenciadas por su ubicación en la estructura de distribución de los distintos tipos de capital y por el tipo de prácticas que adoptan. Estos son los elementos que conforman lo que Bourdieu define como *habitus*, que viene a ser algo así como la forma de pensar y de ver el mundo, y el conjunto de prácticas o disposiciones de acción que se pueden asociar, o mejor, que definen a una determinada clase de posición en la estructura de este espacio. En este sentido, el espacio social que elabora Bourdieu es fundamentalmente un espacio de *relaciones*. En él, las distintas posiciones y los distintos grupos de posiciones adquieren significado en su relación con otras posiciones y otros grupos de posición. Como escribe el mismo Bourdieu, «los agentes tienen tantas más cosas en común cuanto más próximos están en ambas dimensiones y tantas menos cuanto más alejados. Las distancias espaciales en el papel equivalen a distancias sociales» (Bourdieu, 1997: 18). Además, el espacio social opera también como una matriz de probabilidades: permite prever, siempre parcialmente, cosas probables que ocurran, decir, por ejemplo, que personas con un mismo nivel de educación, que tienen un nivel de ingresos parecido, que asisten a los mismos lugares y con la misma frecuencia, que consumen una misma gama de bienes y los pagan de una misma forma, es mucho más probable que actúen y tengan posturas parecidas entre sí y diferentes a las de quienes, en un momento determinado, no tienen lo que ellos tienen ni hacen lo que ellos hacen.

Lo interesante del esquema de Bourdieu es que mezcla elementos de la tradición estructuralista, según la cual, los modos de pensar y de sentir —«la conciencia»— están amarrados a la posición en la estructura social —condición de clase—, con elementos de corrientes «construccionistas» que le llevan a entender esas significaciones como el producto histórico de construcciones sociales. De esta mezcla sale el componente subjetivo, que hace que el espacio social opere como una matriz de diferencias y distinciones sociales que es, digamos, «entendida» por los sujetos que se encuentran en las diferentes clases de posición. Está de más decir que las diferencias sociales tienen una base «objetiva», material —se expresan, por ejemplo, en el tamaño, la ubicación y los materiales de la vivienda, el nivel de educación, de ingresos, el tipo de bienes de consumo a los que se tiene acceso con ese ingreso, etc.—, y se asocian a una serie de prácticas diferenciadas —formas de vestir, modos de hablar, gustos, etc.—, pero Bourdieu agrega que todos estos elementos sólo operan como patrones de diferenciación social porque están inscritos en un «sistema simbólico» que permite «captar» esa diferencia. Como señala el mismo Bourdieu, «una diferencia, una propiedad distintiva [...] sólo se convierte en diferencia visible, perceptible y no indiferente, socialmente *pertinente*, si es percibida por alguien que sea capaz de *establecer la diferencia* —porque, estando inscrito en el espacio en cuestión, no es indiferente y está dotado de categorías de per-

cepción, de esquemas clasificatorios, de un *gusto*, que le permiten establecer diferencias, discernir, distinguir—» (Bourdieu, 1997: 21). En ese sentido, el espacio social se asemeja al lenguaje: su función es posible sólo porque las palabras son interpretadas por una «comunidad de hablantes» que entiende lo que quieren decir.

Pues bien, estos elementos que hemos tratado de describir son fundamentales para entender lo que implica una trayectoria social. Si lo expresamos de una manera gráfica, las trayectorias describen la curva que se formaría al unir las diferentes posiciones que ocupa un individuo a lo largo de su vida. Toda trayectoria supone, por tanto, una *biografía*, una historia de vida protagonizada por un actor, que se vuelve significativa en términos de trayectorias cuando se traduce en coordenadas de posición en el espacio social. Ahora bien, lo importante es que, si bien la distribución misma de esas posiciones corresponde a una fracción acotada de tiempo, esas posiciones pueden ir cambiando. En efecto, un individuo, un grupo o una clase pueden «mejorar» o «empeorar» su posición en la disputa por los capitales y cambiar con eso la estructura del espacio social en su conjunto, que es justamente lo que le da un carácter histórico al espacio social: *el hecho que los capitales sean elementos en disputa*.

Ahora bien, ¿cuáles son los elementos que influyen en esta dinámica? Para entender este punto, es fundamental manejar un conjunto de conceptos que son centrales para el esquema que propone Bourdieu. El primero es lo que define como *efecto de trayectoria colectiva*. ¿De qué se trata? Pues, simplemente, de que los —como los llama— «agentes» que están en posiciones cercanas, o lo que viene a ser lo mismo, quienes presentan una misma condición de clase, parten de una trayectoria desde posiciones similares y producen trayectorias con destinos similares. Como señala Bourdieu, «a un volumen determinado de capital heredado corresponde un *haz de trayectorias* más o menos equiprobables que conducen a unas posiciones más o menos equivalentes —es el *campo de los posibles* objetivamente ofrecidos a un agente determinado—» (Bourdieu, 1988: 108). La explicación es bastante simple. Igual que la biografía comienza con el lugar y la fecha de nacimiento, las trayectorias sociales tienen un punto de inicio, una posición original, que está definida, en este caso, por el volumen y la estructura de capitales con que cuenta un individuo en el momento de empezar su trayectoria o, lo que es lo mismo, en el momento de nacer, y es esa condición de origen la que le otorga el sentido a esa trayectoria, si es ascendente o descendente o si se ajusta o no a la trayectoria típica de la clase. Está de más decir que aquí las trayectorias individuales se conectan a la historia de la familia, pues de ella se heredan los distintos tipos de capital, su *patrimonio*, y, a través de ella, la trayectoria histórica de la clase.

Nos queda un último efecto que, si bien Bourdieu no lo desarrolla muy extensamente, sí nos parece importante considerar, sobre todo tratándose de jóvenes. Nos referimos a lo que Bourdieu llama «efecto de generación». Con este concepto, Bourdieu intenta dar cuenta de la disputa que se produce entre los viejos, los que ya han hecho trayectoria en un campo, y los nuevos, los que aspiran a ocupar sus posiciones. Para los jóvenes, suele representar un obstáculo adicional

a su trayectoria el hecho de tener que incorporarse a un campo. No por nada la falta de experiencia suele representar uno de los principales obstáculos que se enfrentan al momento de incorporarse al mundo laboral. De ahí que, en muchos casos, cada nueva generación de jóvenes evalúe su situación e intente depositar sus inversiones en los «campos emergentes», aquellos donde no está copado el mercado de los puestos de trabajo, para evitar la competencia y asegurar una posición ventajosa desde el momento de incorporarse al mundo del trabajo.

c) Estructuras de transición y trayectorias sociales juveniles

Con estos conceptos, creemos que podemos armarnos una idea más o menos general acerca de a qué estamos haciendo referencia cuando hablamos de trayectoria. Nos queda ver cómo se relacionan con el proceso de transición. Aquí, lo fundamental es entender que, aunque las transiciones y las trayectorias están en planos distintos, no son procesos indiferentes entre ellos. Por el contrario, entre la estructura de las transiciones y el curso de las trayectorias, existe una implicación que es mutua, con múltiples conexiones. Para aclarar esto, tenemos que partir asumiendo que, en el contexto histórico actual, el factor que más pesa en la distribución de las posiciones sociales es la escolaridad. Este es el *instrumento de reproducción* dominante, el «capital» que más determina la posición que se ocupa en el espacio social y el que más ayuda a reproducirla.

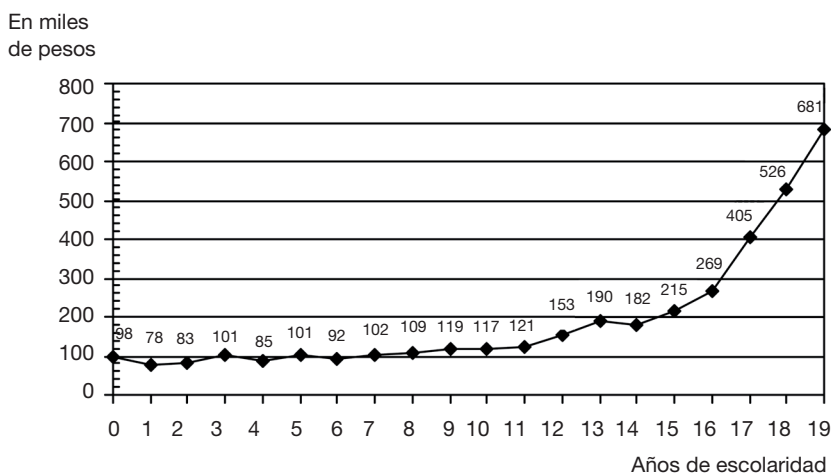
Poseer un título escolar certificado por el Estado se ha convertido en criterio básico para la regulación de los puestos de trabajo. Sólo el título certifica que se tienen las competencias para el desempeño laboral y ya prácticamente no queda espacio para la formación autodidacta. Con esto, se impone un mecanismo de selección social que deja «fuera» al que no estudia, sin posibilidades de inclusión, al menos por las vías legítimas, y que ha obligado a todos los grupos sociales a «entrar en el juego» de la escolarización. Si vemos, por ejemplo, la relación entre los niveles de ingreso que están percibiendo los jóvenes y los años de escolaridad, se observa claramente que la curva comienza un leve ascenso a partir de los doce años de escolaridad (el equivalente a la enseñanza secundaria completa en Chile), pero que alcanza su mayor intensidad a partir de los dieciséis y los diecisiete años, lo que equivale al término de la enseñanza superior. Bajo los doce años de escolaridad, el nivel de ingresos prácticamente se mantiene sin alteraciones significativas.

A partir de aquí, podemos entender las lógicas de inversión que están adoptando las nuevas generaciones de las distintas clases y grupos. En efecto, si, en un principio, hace más de un siglo, el acceso a la institución escolar fue privilegio de las élites, si luego se incorporaron también las clases medias, cuya ascensión como clase estuvo en buena medida relacionada con la instalación de la escolaridad como principio de estructuración, en la actualidad, las clases más bajas, que históricamente habían permanecido fuera de la institución escolar o con una presencia muy marginal, principalmente porque basaban su estrategia de reproducción en el trabajo —«Yo tengo que trabajar no más»—, se han ido incorporando progresivamente a este campo y, de paso, han incorporado el ingreso

a la escolarización como una «necesidad», como una herramienta necesaria para la reproducción, como una disposición que es parte de su *habitus*. De ahí, se entiende que sólo una fracción muy reducida de la población en edad escolar, que, por lo general, o vive en condiciones muy lamentables o presenta alguna discapacidad, o ambas a la vez, se encuentra actualmente fuera del sistema escolar. El resto, la gran mayoría, cursa algún nivel del sistema escolar primario o secundario y, en menor medida, del superior. En las dos últimas décadas, esta tendencia es clara. Todos los niveles del sistema escolar muestran una lenta pero progresiva alza en sus tasas de cobertura. En el caso de la educación superior, por ejemplo, según datos de la encuesta Casen, entre 1990 y 2003, su cobertura creció 2,3 veces en toda la población —pasó del 16,6% al 37,5%—, e incluso se triplicó entre los jóvenes del 40% de los hogares de menores ingresos: pasó del 4,4% al 14,5%, en el caso del primer quintil de ingreso, y del 7,8% al 21,2%, en el segundo quintil de ingreso (Mideplan, 2004).

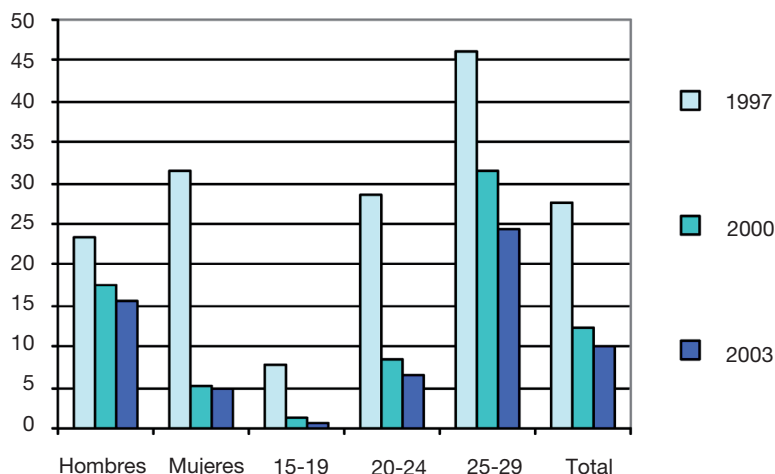
Lo importante para nosotros en este momento es que la mayor permanencia en el sistema escolar, en términos de años de estudio, generalmente implica el retraso de la incorporación al mundo del trabajo, casi siempre por la imposibilidad de compatibilizar ambas actividades. De hecho, esta es una de las principales razones por la que los jóvenes no buscan trabajo y, como ya vimos, también se asume como una de las principales causas del desempleo juvenil. Pero esta mayor permanencia en el sistema escolar también implica retrasar los otros hitos que van marcando la estructura de las transiciones. Para ver esto, podemos citar varios antecedentes. Por ejemplo, en las últimas décadas, se viene produciendo una tendencia generalizada entre la población joven a retrasar su

Gráfico 1. Ingreso promedio de la ocupación principal de los jóvenes de Chile entre 15 y 29 años por años de escolaridad (2000)



Fuente: Mideplan, 2001.

Gráfico 2. Jóvenes y condición de jefes o jefas de hogar, según sexo y edad. Años 1997, 2000 y 2003



Fuente: segunda, tercera y cuarta encuestas nacionales de juventud (INJUV, 1999, 2002a y 2004b).

autonomía y alargar su condición de dependencia en todos los tramos de edad y en ambos sexos, aunque más marcada aún en el caso de las mujeres.

Lo mismo ocurre con el estado civil, donde la condición de soltero experimenta un alza y disminuyen los casados y los convivientes. Entre 1997, 2000 y 2003, los jóvenes solteros pasan del 69,5%, al 75,8% y al 85%; los casados, del 21,7%, al 16,0% y al 12%, respectivamente (INJUV, 1999 y 2004b). Hay una fuerte disminución en el número de matrimonios: en 1990 fueron 104.740 y en el año 2005 bajaron a 54.724 (Servicio de Registro Civil e Identificación de Chile, 2006). Paralelamente, desde hace dos décadas que la edad promedio para contraer matrimonio se viene retrasando significativamente. Si, en 1980, la edad promedio de nupcialidad era de 26,6 años para los hombres y de 23,8 años para las mujeres, en 1998, la edad de los matrimonios sube a los 28,9 años para los hombres y 26,3 años para las mujeres, un alza que es levemente superior en las mujeres que en los hombres (2,3 y 2,5 años mayores, respectivamente). Por último, la tenencia de hijos también se retrasa. En 1997, el 70,6% de los jóvenes tenía un hijo, y en el año 2000, ese porcentaje bajaba al 68,7% (INJUV, 1999 y 2004b).

Lo importante es que estas tendencias sólo se pueden entender teniendo en cuenta el efecto que produce la estructura de una transición sobre las posibilidades de trayectoria. Tomemos como ejemplo lo que sucede con la tenencia de hijos y los estudios. En esta relación, se produce una clara diferencia entre el porcentaje de casos que estaba estudiando en quienes tienen hijos y en quienes no. Solamente el 10% de quienes tienen hijos estaba estudiando, un

porcentaje considerablemente más bajo que el 55,5% de quienes no tenían hijos y estaban estudiando (INJUV, 2004b). Pero, además, si incorporamos el factor temporal, podemos notar el efecto que produce la edad a la que se tiene el primer hijo. En el cuadro 1, observamos una clara diferencia en el nivel de escolaridad dependiendo de la edad a la que se tuvo el primer hijo. Esto demuestra que la estructura que adquiere la transición de quienes son madres o padres a temprana edad no solamente conlleva un cambio de condición que puede arrastrar consigo otros cambios de condición anexos —pasar de la dependencia a la independencia o de la inactividad a la actividad laboral, por ejemplo—, sino también producir efectos sobre las trayectorias, lo cual limitará los años de estudio y el abanico de oficios a los que se puede acceder con esos años de estudio, y condicionar, en definitiva, las posibilidades de trayectoria, la posición posible de ser ocupada en la estructura social.

Lo que complejiza la situación es que, al desagregar los datos e introducir la variable socioeconómica, se observa que la magnitud de las tendencias se vuelve relativa. En efecto, si bien es sabido que los niveles de escolaridad en la población joven vienen en aumento, también se sabe que varían dependiendo del estrato socioeconómico del que se trate. La cobertura del sistema de educación superior favorece claramente a los estratos con mayores recursos. Mientras el 15% de los jóvenes del primer quintil de ingresos accede a algún tipo de educación superior, en el quinto quintil lo hace el 74%. En el plano laboral, se da la relación inversa. Aquí los porcentajes van aumentando a medida que decrecen los ingresos: pasan del 32,6% en el segmento de recursos más altos al 53,4% en el de recursos menores (INJUV, 2003).

Lo importante de esto es que estas mismas diferencias entre sectores socioeconómicos tienen su correlato en la estructura de las transiciones. Hay suficiente evidencia que en los segmentos socioeconómicos de ingresos más altos no solamente es más elevado el porcentaje de jóvenes que estudian, sino que su permanencia en el sistema escolar se prolonga hasta edades más avanzadas que en los segmentos de recursos menores. En el tramo entre veinte y veinticuatro años del segmento de mayores ingresos AB, el porcentaje de jóvenes que estudiaban llegaba al 62%, la mayor parte de ellos en estudios superiores, principalmente universitarios, un porcentaje muy superior al 7,5% de los jóvenes del segmento de menores ingresos E que también estudiaba,

Cuadro 1. Nivel educacional del entrevistado por edad en la que tuvo a su primer hijo (en porcentajes)

Nivel educacional	Menos de 18	19-24	25-29	Total
Enseñanza básica completa	29,2	13,1	11,0	18,2
Enseñanza media incompleta	33,5	23,3	23,7	26,7
Enseñanza media completa	26,1	41,9	32,9	35,4
Enseñanza superior incompleta	7,5	10,3	9,3	9,2
Enseñanza superior completa	3,6	11,4	23,1	10,5

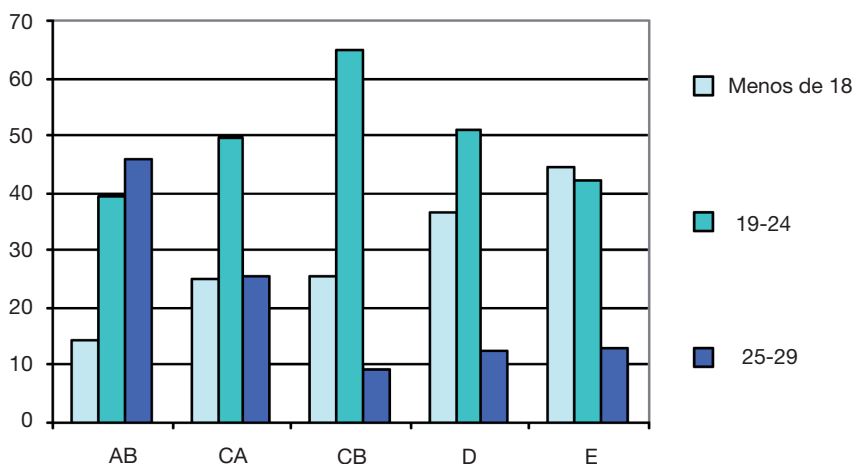
Fuente: elaboración propia con base en la IV Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2003).

que, además de ser menos, estaba mayoritariamente todavía completando la educación media (INJUV, 2003).

Esta tendencia en los segmentos de mayores recursos tiene un claro nexo con una estrategia por intensificar sus inversiones en el campo escolar, para mantener una posición que se ve amenazada por la ampliación de la cobertura en la educación superior y la entrada en competencia en el campo de los capitales escolares de nuevos grupos que presionan a los que ya están en posiciones de privilegio. En este nuevo escenario, aquellos grupos tradicionalmente ligados a profesiones tradicionales, con dos o más generaciones dentro de una misma profesión, se ven enfrentados a la devaluación del título cuando se multiplican los titulados en el campo en que ha descansado su patrimonio y su posición. Y es justamente este efecto de trayectorias colectivas el que ha llevado en el último tiempo a una fracción cada vez más amplia de jóvenes, sobre todo de los que logran estudios universitarios, a alargar sus estudios hasta lograr postgrados, magíster o doctorados. De hecho, la cantidad de programas de estudios de postgrado y postítulo ha crecido notablemente en pocos años, y lo mismo ocurre con la cantidad de instituciones autorizadas para impartirlos y la cantidad de personas matriculadas. Si, en 1983, el nivel de matrícula en estudios de postgrado era de 1.933 personas, ya en el año 2004 el total de matriculados llegaba a los 15.317. La misma tendencia se observa en los niveles de matrícula en estudios de postítulo, que, en el mismo período, subieron de 151 a 9.623, solamente en el nivel universitario (Universidad de Chile, 2004).

Por el lado del ingreso en el mundo laboral, los datos muestran una diferencia notoria en las edades en que los jóvenes empiezan a trabajar por primera vez, dependiendo del segmento socioeconómico de que se trate. Por poner sólo un par de ejemplos, en los segmentos D y E, que son los que disponen de

Gráfico 3. Edad en que tuvo el primer hijo. Por nivel socioeconómico



Fuente: elaboración propia con base a la IV Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2003).

ingresos más bajos, el 14,2% y el 17,5%, respectivamente, habían comenzado a trabajar antes de los quince años, mientras que, en el segmento de ingresos más altos, la misma experiencia la había vivido el 9,4%. Por otro lado, este es el único segmento que muestra un porcentaje significativo de casos que tiene su primera experiencia laboral a los veintidós años, con un 13%, un porcentaje notablemente más alto que el 1,8% y el 0,7% de los segmentos D y E, respectivamente (INJUV, 2003).

Diferencias que van en el mismo sentido aparecen si comparamos el porcentaje de jóvenes que es padre o madre entre los distintos segmentos socioeconómicos. La tendencia es que el porcentaje de casos que tiene hijos tiende a crecer en la medida que se pasa de los segmentos socioeconómicos altos a los medios y bajos. Pero no sólo eso. La misma tendencia se puede observar cuando comparamos la edad a la que tuvieron el primer hijo por nivel socioeconómico. En el gráfico 3, aparece claramente que, en los segmentos de menores recursos, se encuentran los más altos porcentajes de casos que tuvieron a sus hijos antes de los dieciocho años, una situación que se va haciendo menos habitual a medida que se pasa a los segmentos de mayores recursos. En los segmentos medios, la mayor parte de los jóvenes que tienen hijos los tuvieron entre los diecinueve y los veinticuatro años, mientras que, en el segmento con más recursos, se da la mayor proporción de casos que tuvo su primer hijo de los veinticinco años en adelante.

Pero si todo este conjunto de tendencias muestra estructuras de transición diferentes que dependen de la condición social, hay otras que muestran que estas diferencias también están relacionadas con la condición de género. En efecto, si comparamos el porcentaje de mujeres y de hombres que tienen hijos, podemos ver que el porcentaje es significativamente más alto entre las mujeres que entre los hombres. Esta es una diferencia que se observa en todos los segmentos socioeconómicos, pero es aún más marcada en los segmentos con menos recursos.

Con todo, creemos que queda clara la idea que queríamos ilustrar, que se resume en que los cambios en la estructura de las transiciones no se pueden comprender sin incorporar al análisis la trayectoria de la clase y del grupo en el interior de una misma clase, de la cual esa estructura de transición es característica o típica en un momento histórico dado. Sólo en su relación se puede ir tejiendo la madeja que permite comprender, si no totalmente, al menos en forma parcial la configuración de prácticas, la creación de aspiraciones, la formulación de expectativas y el despliegue de las diferentes estrategias que adoptan los jóvenes. Una relación que, por cierto, es compleja, y que pone el análisis frente a un tema difícil: la relación entre estructuras sociales, formaciones culturales y lógicas —o sentidos— de la acción.

4. Los discursos juveniles sobre sus trayectorias de vida

Investigar la relación con el trabajo de la juventud tardía de sectores medio y medio-bajo tenía un doble propósito: por un lado, describir las estrategias

de inserción laboral de las jóvenes y los jóvenes contemporáneos tomando como referente la fracción de población joven que más trabaja, y, por otro, comprender las lógicas de esas estrategias por medio de los discursos sobre el mundo laboral.

Para que el análisis no quedara en el aire, se intentó dibujar un contexto en dos dimensiones. En la primera, se describió someramente algunos de los tópicos más representativos de las transformaciones en el mundo de la economía y el trabajo. Estos elementos entregaron el fondo histórico en que se está produciendo la relación discursiva y práctica de estos jóvenes con el trabajo. La segunda dimensión describe a los sujetos. Se hizo una breve referencia a su situación generacional y luego se intentó describir su trayecto en tres planos: los estudios, las situaciones personales de vida y el trayecto laboral propiamente dicho. El trayecto apareció al superponer estos tres planos. Al hacerlo, se descubrieron varios elementos que permiten asimilar los cursos de vida que han seguido los jóvenes de los sectores medio y medio-bajo. Las similitudes aparecieron al comparar algunos patrones comunes, y también al compararlos con los cursos dominantes que se observaron entre los jóvenes de los otros sectores de la cohorte. La primera es que las experiencias laborales de los jóvenes de los sectores medio y medio-bajo se iniciaron a edades más o menos tempranas, la mayoría antes de los dieciocho años. Ese es un elemento común. Para ambos grupos, el abanico de trabajos fue amplio, aunque ajustado a las tareas que suelen realizarse a esa edad.

El primer y más importante punto de inflexión en las trayectorias de estos dos grupos se produce entre los dieciocho y los diecinueve años y suele coincidir con el término de la secundaria. En este punto, se produjo una especie de efecto prismático que abrió un abanico de trayectorias diferentes. Ese puede ser uno de los elementos más característicos en el trayecto de la cohorte en estos dos sectores y lo que marca una diferencia con respecto a los jóvenes de los otros sectores. Para los jóvenes con mayores recursos, el trayecto claramente mayoritario fue terminar la secundaria y pasar directamente a la educación superior, por lo general a la universidad, sin mediar ningún lapso intermedio. En el otro extremo, el de los jóvenes con bajos recursos, hubo un grupo relativamente importante que siguió estudiando en la secundaria, otro pequeño grupo se puso a trabajar, pero la mayoría pasó a la inactividad o a los quehaceres del hogar. En el caso de los jóvenes de los sectores medio y medio-bajo, en cambio, no hubo un patrón de trayectoria claramente dominante. Tanto en uno como en otro segmento hubo un grupo que pasó a estudiar en el sistema de educación superior, otro grupo similar en magnitud que se dedicó a trabajar, otro que combinó estudios y trabajo y otro grupo que pasó a la inactividad, los quehaceres del hogar o el cuidado de los hijos, tres destinos que fueron marcadamente femeninos. Este es otro de los elementos distintivos de estos dos segmentos: la potencia que alcanza el género como factor diferenciador de trayectos. Entre las mujeres de ambos segmentos, hubo una porción importante que no siguió estudios superiores ni ingresó en el mundo laboral, sino que se dedicó a las labores del hogar, en muchos casos acompañadas por el cuidado

de los hijos y el matrimonio, una especie de destino femenino que se reproduce aunque no sea una condición deseada, aunque el interés por estudiar o trabajar permanezca y siga latente, quizás hasta solucionar el problema del cuidado de los hijos o los problemas económicos. Para los hombres, por su parte, fue más frecuente seguir estudiando, pasar a trabajar, o estudiar y trabajar al mismo tiempo.

Seguramente, en muchos casos, estas condiciones no fueron permanentes. No está de más repetir que los datos de las encuestas nacionales de juventud no permiten captar la movilidad de los sujetos individuales en un período de tiempo y, por lo mismo, no informan sobre posibles cambios de condición, pasos del trabajo a los estudios, de la actividad a la inactividad o al revés.

Que hay diferencias entre los jóvenes de estos dos sectores, es cierto que las hay, y tienen que ver con las magnitudes de los grupos que en cada uno sigue los distintos caminos. Mientras, en el sector medio, el camino de los estudios fue claramente mayoritario, en el medio-bajo la magnitud del grupo que siguió este camino es similar a la del grupo que siguió los del trabajo y la inactividad. Pero, más allá de esas diferencias, lo importante es que el término de la secundaria es un primer punto que permite distinguir trayectos con destinos diferenciados. Por un lado, el de un grupo que pasó directamente de la secundaria a los estudios superiores, con un patrón de trayecto que se tiende a asimilar al dominante entre los jóvenes de más altos recursos. Por otro, un grupo que no siguió estudiando y pasó a la inactividad o directamente al mundo del trabajo.

El segundo punto de inflexión se produjo aproximadamente a los veinticinco años. Hasta ese punto, la distribución se había mantenido más o menos estable. Si hubo algún cambio en la magnitud de cada una de las categorías de actividad, no fue demasiado relevante, pero, a partir de esta edad, cambia la distribución de las actividades y ahora sí que se hacen más manifiestas las diferencias entre los segmentos. En los sectores medios, se observó un aumento más o menos importante en la población que estaba trabajando, que ahora pasa a superar a la población del sector medio-bajo en la misma condición y que es similar al movimiento que se observa en el segmento de mayores recursos. La tendencia natural es asociar este cambio al efecto del egreso de la educación superior. Como se vio en el análisis de los trayectos, en los sectores altos y medios, sobre todo en el primero, al terminar los estudios superiores, entró un contingente considerable de jóvenes en el mundo del trabajo. Y no sólo eso. Lo hicieron en ocupaciones bien remuneradas y con buenas condiciones laborales que se traducían en mayores grados de satisfacción y menor intención de cambiar de trabajo, al menos por estas razones. En el caso del sector medio-bajo, en cambio, la distribución de los grupos continuó más o menos estable. La población que se dedicaba a trabajar y la que estaba efectivamente trabajando casi ni se movieron. Lo mismo con los estudiantes y los inactivos.

Eso confirma la importancia de los estudios superiores en la construcción de trayectorias. Fueron pocos los que no siguieron estudiando por falta de interés. *Por el contrario, las ganas estaban, pero los recursos, no.* También fue decisivo

el hecho de convertirse en madres y padres, puesto que para muchos de quienes vivieron esta experiencia a edades más o menos tempranas les significó postergar o desechar totalmente las posibilidades de construir una trayectoria ligada a los estudios. Otros no estudiaron porque prefirieron trabajar, algunos de ellos buscando quizás tener algunos ingresos para sus gastos personales, sus familias propias o las cuentas u otra medida análoga en el hogar de sus padres.

Si se analizan estas tendencias desde una perspectiva de trayectorias sociales, se puede decir que la diversidad de caminos seguidos, si bien no es definitiva ni cierra las puertas al futuro, de todos modos permite anticipar que, en cada segmento socioeconómico, se estarían produciendo fragmentos internos con destinos diferenciados. Al menos en principio, es probable que el grupo que siguió estudios superiores acceda o al menos tenga mayores posibilidades de formar parte de algún fragmento de las clases profesionales o técnicas. Quienes han hecho camino por la vía del trabajo, por su parte, probablemente tengan un límite más bajo de ingresos y ocupen posiciones subalternas por el resto de su vida laboral, a no ser que se active algún «efecto de trayectoria individual» que produzca una inflexión que cambie el destino.

Obviamente, estas son meras anticipaciones que se fundan exclusivamente en tendencias estadísticas más o menos permanentes. No obstante, de alguna manera, estas diferencias que producen los trayectos también se expresan en términos discursivos. El análisis de las entrevistas fue revelando que los trayectos seguidos se traducen en ciertos matices de diferencia en los discursos sobre el trabajo. El modo en que han articulado las estrategias para insertarse en el mundo laboral y el modo en que proyectan su futuro fundamentalmente con la dupla de trabajo y estudios. En el discurso de los jóvenes que han seguido una trayectoria ligada al trabajo, independientemente de los períodos de intermitencia, la posibilidad de estudiar parecería haberse ido diluyendo con el paso del tiempo. Por eso prefieren privilegiar una especialización en un oficio o, a lo más, una capacitación que les permita asegurar una movilidad dentro del mundo laboral, fundamentalmente un ascenso en la empresa o un sueldo más elevado.

Para quienes han logrado estudios de nivel superior, independientemente del tipo que sean —técnico, profesional o universitario—, el efecto de los estudios parecería ser doble: no solamente abrirían posibilidades de acceder a labores jerárquicamente mejor posicionadas y económicamente mejor remuneradas, sino que también alimentarían una subjetividad que asumiría como natural y obvia la conexión con un campo laboral más o menos definido. Esa es la principal preocupación de quienes han continuado estudios superiores: trabajar en lo que estudiaron. Ahora bien, entre quienes siguieron —o pudieron seguir— este camino, también hay discursos con algunos matices de diferencia. La relación con los estudios tiene dos posiciones más o menos definidas. Por un lado, se puede configurar un discurso que tiende a asociarse a una especie de «vocación» por una actividad, y que, por lo tanto, busca un trabajo que sublime ese gusto, y, por otro, uno que privilegia una relación pragmática con los estudios, que decide estudiar y qué estudiar por una evaluación marcada por criterios principalmente económicos.

De todos modos, el análisis de las discusiones grupales fue revelando que, en general, lo que dicen y los dilemas subjetivos que están contenidos en el trabajo presentan elementos que traspasan los límites socioeconómicos. Eso no quiere decir que se trate de un solo discurso. Hay muchos tópicos compartidos, pero también se alcanzan a dibujar algunas posturas discursivas diferentes. Sin embargo, lo más interesante es que los temas que estructuran la conversación de estos jóvenes son nuevos y viejos a la vez. *Nuevos* porque muestran algunos de los elementos discursivo-prácticos que están construyendo para sortear el problema de la inserción laboral en el escenario actual. *Viejos* porque, en el fondo, la conversación también reproduce o, más bien, actualiza algunos de los temas que han estado en juego en la ya larga discusión moderna sobre el trabajo.

La conversación está permanentemente haciendo referencia a un nuevo mundo del trabajo, con nuevas condiciones laborales, distintas a las que vivieron padres y abuelos. Se habla de la desprotección, de la pérdida de peso de organizaciones de solidaridad entre trabajadores, del aumento de la competencia y la imposición de nuevas lógicas de inserción laboral, la sofisticación en los mecanismos de control, entre otros elementos que, en conjunto, demuestran que, a estas edades, los jóvenes de estos sectores ya conocen cómo opera el mundo del trabajo, que saben a lo que se enfrentan, porque han logrado hacer una lectura desde su propia experiencia. Eso es lo que rescatan del hecho mismo de trabajar: que, independientemente de lo que haya sido, en todos se aprende algo, ya se trate de un aprendizaje sobre las lógicas del mundo del trabajo, sobre los anhelos personales o sobre las contradicciones más profundas del ser humano.

Lo que llama la atención es que, hasta cierto punto, se tiende a naturalizar estas nuevas condiciones. Se aceptan como lo que es, como las reglas del juego, y eso lleva a naturalizar también la necesidad de adaptarse a la manera de pensar y de actuar que atribuyen al agente prototípico del modelo. La idea de un sujeto activo, que se mueve, que establece contactos, se cualifica permanentemente y, en su extremo, se ofrece y se vende, aparecen como elementos que debería cumplir total o al menos parcialmente todo joven que quiera insertarse y mantenerse en un buen trabajo. Lo complejo es que esta adaptación no siempre produce sentido en el sujeto. La exigencia de estar siempre perfeccionándose, actualizando los conocimientos o adquiriendo nuevos grados académicos para suplir la falta de experiencia laboral suena como una queja, principalmente porque les significa un gasto de energía, tiempo y dinero que no necesariamente quisieran asumir, pero también porque implica aceptar que, en el mundo del trabajo actual, no se puede demostrar capacidades de otra forma que no sea por el respaldo que entrega un título. De ahí el intento por reposicionar la importancia de la práctica y el desarrollo de un oficio. Paralelamente, la exigencia de responder a las normas propias del mundo del trabajo los lleva a tener que transar con ciertas características de personalidad —sumisión, adaptación a las normas del mundo del trabajo— y a asumir ciertos patrones estéticos —corte de pelo, vestimenta— que muchas veces se oponen a sus identidades.

Otro de los puntos interesantes que deja el análisis de las conversaciones es la resignificación de la estabilidad. Las referencias sobre este punto son ambivalentes. Por un lado, se articula una queja o un sentimiento de pérdida ante la mayor inestabilidad que imponen las nuevas lógicas de organización del sistema productivo, con la rotación laboral y los trabajos temporales como figuras arquetípicas. Pero esa queja no se remite tanto a la rotación misma como a la pérdida de garantías contractuales que garanticen relaciones laborales claras y justas. Subjetivamente al menos, los jóvenes se muestran abiertos a cambios permanentes de trabajo, sea por la búsqueda de mejores condiciones laborales —suelo, ambiente, trato—, sea por la necesidad de abrir nuevos ciclos laborales o incluso existenciales. Sin embargo, tal apertura no implica la ausencia de contrato. Al contrario, rechazan la figura del honorario porque los deja sin protección y los excluye del acceso al mundo del consumo vía crédito o hipoteca. Lo que necesitan es un contrato que les asegure la reproducción constante de sus condiciones de vida, pero que no les cierre las posibilidades de búsqueda de nuevos horizontes.

Estos son dos de los tópicos que nos parece condensan las nuevas subjetividades que están construyendo los jóvenes en su relación con el mundo laboral contemporáneo. Como se ve, en ellas se cruzan sueños y aspiraciones personales con una lectura in situ de las condiciones que impone el escenario. Pero, junto a estos temas, aparecen otros que son una versión actualizada de cuestiones laborales más o menos permanentes. En primer lugar, y en términos ideales, el trabajo conserva su carga ontológica y sigue representando un componente antropológico esencial. Se asocia a la felicidad, al mundo ideal, a la realización personal. Todos ellos son elementos que, de alguna u otra manera, son herederos de las ideologías marxista y en parte también judeocristiana sobre el trabajo. Lo interesante son los discursos que se producen al tratar de resolver este punto.

Tanto las entrevistas como los grupos de discusión fueron revelando que no hay una sola posición discursiva. Por el contrario, se pueden diferenciar dos grandes relatos que varían por el elemento que enfatizan en la cadena formada por el trabajo y la realización personal. Un primer discurso asocia la realización personal a actividades que aporten al bienestar colectivo, que tengan un sentido social, que se traduzcan en progreso, mejoras en las condiciones de vida colectivas, superación de la pobreza, desarrollo, etc. Este discurso es poco frecuente y lo producen principalmente profesionales universitarios. En el otro discurso, si bien también se asocia la realización personal a una actividad, la relación no se resuelve necesariamente en el aporte al bienestar colectivo que pudiera estar contenida en la actividad, sino en términos individuales, sea por una especie de evolución personal o simplemente por el logro de mayor bienestar económico, acceso al consumo, entre otros. Ambos discursos ponen en último término la realización personal en la relación entre el individuo y el colectivo, pero en niveles diferentes. En el primero, la realización es del sujeto en el colectivo y como resultado del producto social del trabajo; en el segundo, la realización también es en el colectivo, también por el trabajo, pero fuera del trabajo; no

en la actividad, sino en el mundo social. No importa tanto para qué ni para quién se trabaja. La relación es instrumental: se aceptan las imposiciones del mundo del trabajo y «se hace lo que hay que hacer» pensando en su funcionalidad al proyecto personal, sea para financiar gastos personales o para costear los estudios, por ejemplo. Por lo mismo, es más cambiante y queda sujeta a la variación de los intereses personales o de las situaciones de vida.

El punto es que ambos discursos se unen cuando asumen que, en el mundo contemporáneo, quedan pocos espacios para la realización personal. En cierta medida, quienes privilegian relaciones instrumentales con el trabajo expresan una especie de resignación ante la imposibilidad de «hacer o ser lo que hubiesen querido». Por su parte, quienes apelan a la dimensión social del trabajo no pueden escapar a los límites que impone la sobrevivencia. Imprimirle ese contenido sería lo ideal, pero requiere cubrir también, o incluso primero, los costos de la vida. Éstos pueden ser relativos, o incluso, como ellos mismos reconocen, progresivos: aumentan en la medida que aumenta la edad, sea porque se asumen responsabilidades familiares o porque se refinan las pautas de consumo —aunque siempre dentro de los márgenes que correspondan más o menos al estilo de vida de la clase media—. Pero, a fin de cuentas, en uno y otro caso, la dimensión estrictamente económica del trabajo termina en el centro. No se puede pensar en la realización personal si no se ha resuelto el problema material. Por eso, concretar la relación queda entre paréntesis o es simplemente una utopía. Lo material se asocia a cubrir la alimentación y el consumo de bienes y servicios —vivienda, energía, mercancías—, y eso es cíclico: hay que resolverlo mes a mes. Por eso es más urgente.

Lo que no deja de ser interesante es la legitimidad de que goza el trabajo asalariado como mecanismo para el logro de ese objetivo. No hay mayores rastros de un discurso alternativo sobre el dinero. Más curiosa todavía es la contradicción que encierra la referencia a la figura de «la empresa». Por un lado, se le atribuye legitimidad como símbolo del logro laboral y del bienestar económico. La aspiración declarada de varios es entrar en una «empresa grande», en una «empresa sólida», con presencia en el mercado, idealmente transnacional. Sin embargo, por otro lado, «la gran empresa» también simboliza la fuente de las perversiones que contaminan el mundo del trabajo, la economía y la política, y que se encarnan en la imagen negativa sobre «el empresario» contemporáneo, que, grande o pequeño, parecería presentar una tendencia casi natural al cálculo de beneficios y al abuso —abierto o encubierto— de su posición de poder.

Otro tema que actualiza la conversación social sobre el trabajo es la discusión sobre el problema del tiempo. La relación entre tiempo y trabajo fue una pieza clave para la crítica que hizo Marx al sistema de producción capitalista —la plusvalía o la apropiación del producto excedente por parte del capitalista—, lo mismo que para Marcuse, que puso al ajuste de la producción a las necesidades de la población y la adecuada disposición de los tiempos de trabajo como los pilares para el ensayo de una sociedad de sujetos libres. Sólo en la medida que se aprovecharan los recursos tecnológicos y se produjera lo socialmente útil, se podría pensar una vida individual y colectiva en que el goce

del tiempo y el trabajo se unan (Marcuse, 1969). En el caso de los jóvenes, la crítica no se hace desde la economía política, por cierto. Las nuevas formas de trabajo hacen que la referencia al problema del tiempo laboral quizás ya no sea tan clara como podía ser en tiempos de la producción industrial clásica y dura. Para quienes atienden en el comercio, para las promotoras o trabajadores de *call center*, por ejemplo, que no producen una mercancía físicamente observable si no es por las ganancias de la empresa, el esquema clásico de la plusvalía puede ser poco aplicable. Sin embargo, en términos subjetivos, la expropiación del tiempo sigue siendo un tema clave para entender las representaciones sobre el trabajo, aunque se exprese en la forma más simple del cansancio y la falta de tiempo para vivir o disfrutar, en una queja que no hace sino reflejar el producto de un sistema laboral que se mueve a un ritmo constante que sobrepasa el ritmo de los cuerpos. Lo que complejiza la relación entre el trabajo y el tiempo es que el trabajo ayuda a darle sentido al tiempo. No trabajar a la larga equivale a perder el tiempo, y la inactividad, a un excedente de tiempo inútil en dos sentidos: porque no se generan ingresos y porque no se hace nada. Por eso en el discurso se llega a esa situación contradictoria en que trabajar cansa, pero no hacerlo genera una sensación de vacuidad, de tiempo vacío.

Ahora, lo importante y relativamente nuevo que plantean tanto la resignificación de la estabilidad como la relación entre tiempo y trabajo es que reflejan la importancia que adquieren para las trayectorias laborales de los jóvenes la estructura de sus transiciones a la vida adulta. La inseguridad que produce el escenario laboral contemporáneo a la reproducción de la vida material fue un referente fundamental para entender las estructuras de transición que han venido adoptando. La relación se pudo observar estadística y discursivamente. El tópico compartido es que no se pueden «dar pasos» en la vida en un escenario de inestabilidad laboral. Por eso no es extraño que, en aquellos casos en que esos cambios de situación ocurren, principalmente cuando se tienen hijos a edades tempranas, la reflexión sobre «lo que pudo ser y no fue» desemboca en un sentimiento de pérdida, de tiempo perdido. Lo mismo ocurre con la relación entre tiempo y trabajo. Para quienes estudian y trabajan, para quienes se embarcaron en la formación de una familia propia, y sobre todo para quienes ya tienen hijos, la posibilidad de congeniar los tiempos laborales con los «otros tiempos» se van reduciendo notoriamente. Todo demanda tiempo y eso agota. Solamente quienes siguen en casa de sus padres y no tienen responsabilidades familiares, el inactivo y el estudiante que no trabaja, representan sujetos que pueden buscar formas más amables de congeniar los tiempos de trabajo con los tiempos de vida. En esos casos, la opción por trabajar tendría mayores grados de libertad, porque la decisión queda sujeta a negociaciones con los padres o al ritmo de las necesidades personales.

Más allá de las diferencias que hubo en cada uno de los temas que tocó la conversación, de la forma en que se conciba el trabajo y su nexo con la realización personal, más allá también de las condiciones socioeconómicas, educativas y las situaciones personales de vida, hay dos sentimientos comunes que planean por toda la conversación. El primero es lo que podríamos definir

como una situación generacional que los hace sentirse en medio de una etapa decisiva de la vida que urge la definición de un campo de actividad laboral. A estas edades, ya han aprendido lo que tenían que saber sobre el mundo del trabajo, ya han tenido tiempo para aclarar su ruta, para cambiar y reinventarse. Las cartas están más o menos lanzadas. Por eso la noción de *búsqueda* parece ser el concepto que resume el sentimiento compartido de unos sujetos que anhelan una actividad que les permita congeniar la realización personal con la reproducción material, la estabilidad con la libertad para cambiar, el tiempo de trabajo con el tiempo de vida, independientemente de si la categoría es de profesional o de trabajador. Lo difícil es lograrlo. Problemas identifican varios y, en general, se corresponden con los factores que han descrito distintos análisis sobre el desempleo juvenil. Se nombra el *karma* de la inexperiencia, la falta de contactos, la devaluación de los títulos, la magnitud de la población que busca trabajo, entre otras cuestiones. Lo importante es que de ahí viene la otra sensación que permea el discurso: la inseguridad y la incertidumbre respecto al futuro. El futuro laboral y personal aparece como una unidad existencial que es clave, que se puede pensar, pero que no se sabe con certeza si llegará a realizarse en la vida. El futuro parecería estar abierto, pero incierto al mismo tiempo, una tensión que es una buena metáfora sobre los temores que está generando el escenario laboral contemporáneo.

Quizás lo más complejo es que el discurso refleja que los jóvenes a esta altura tienen asumido que, en buena medida, están solos en esta tarea. La inversión en cualificación y perfeccionamiento, la búsqueda de trabajo, el logro de buenas condiciones laborales, son etapas de una carrera que se corre en solitario en medio de una pista copada de individuos que compiten por lo mismo. Aunque no se quiera, todo se termina asumiendo como un desafío que cada uno tiene que resolver, a lo más, cuando se puede, con el apoyo de la familia. Parece que la necesidad de manejarse en las lógicas de mercado es tan fuerte que no deja otra opción que «entrar en el juego» y «subirse a la máquina» que, en ocasiones, lleva al extremo de construir una imagen de sí mismo con ese lenguaje, gestionarse como mercancía, ofrecerse, venderse. El Estado no aparece como un soporte relevante para las trayectorias, porque en general no lo ha sido. Quizás la única etapa en que para algunos sí lo fue haya sido en la escolar; pero la sensación de desventaja en que los habría dejado la baja calidad de la educación pública diluye el agradecimiento. Eso no significa que falte una demanda al Estado. Cada vez que se abrió esa conversación, hubo consenso en que efectivamente el Estado «debiera hacer algo» para facilitar la integración laboral de los jóvenes. Alternativas se lanzaron varias. Educación superior gratuita, regulación de los títulos escolares, legislación laboral protrabajador, financiamiento de nuevas iniciativas empresariales, *pero todas fueron dichas sin convencimiento, como si el Estado no fuera un garante válido para ninguna de ellas*. Eso es lo complejo. La responsabilidad de las políticas de estado no se cuestiona, pero se desconfía de la capacidad o incluso del interés de la clase política por generar cambios sustantivos que allanen la inserción laboral de los jóvenes o, incluso más allá, para cambiar las lógicas con que opera actualmente

el mercado laboral, que tiene más de mercado que de laboral. La desconfianza tiene mucho que ver con las contradicciones internas del Estado. No parece una buena señal que haya organismos públicos con la función de defender a los trabajadores frente a casos de abuso laboral y que, en paralelo, otros amparen una connivencia con el empresariado, por ejemplo. Esas contradicciones entre sus partes le quitan unidad, restan legitimidad a sus acciones y envuelven todo en una bruma de suspicacias. Los tratados de libre comercio se miran en la distancia, se vierten dudas sobre la legislación laboral, se critica la inconsistencia del mecanismo de crédito para financiar estudios superiores y, por lo general, se desconocen políticas concretas para la inserción laboral.

Y es que, en el fondo de todo esto, y más allá de las soluciones posibles, están los proyectos de vida de las nuevas generaciones, sus posibilidades de cumplir sus sueños y asumir su plena autonomía. Los límites que impone el mundo del trabajo se han venido traduciendo en una adaptación subjetiva en las nuevas generaciones que autoimpone límites al desarrollo de sus planes personales de vida, en la medida que no se cumplan las condiciones que presupone para lograrlos. Por lo mismo, lo más probable es que se sigan alimentando fenómenos como la permanencia en el hogar hasta edades avanzadas o la renuencia a la conformación de familia, tanto en mujeres como en hombres. ¿Es eso un problema? Al parecer, no necesariamente. Los jóvenes dejan entrever un cambio cultural en las familias que les permite negociar su permanencia en el hogar. Tampoco parece ser un problema no formar familia o incluso no tener hijos. Ambas alternativas mantienen los grados de libertad de acción y alivianan la carga para el camino. Incluso sostienen la producción de nuevas identidades femeninas en estos sectores de la población que buscan prolongar su autonomía y asumir sus proyectos en solitario. Lo complejo es que los efectos a medio plazo de estas tendencias son inevitables. Lo más seguro es que se agudicen las tendencias demográficas que se vienen evidenciando en las últimas décadas —fundamentalmente, reducción de las tasas de natalidad y envejecimiento de la población— y surjan nuevos dilemas de política económica y de protección social derivados del retraso de la plena inserción de los jóvenes en el mundo laboral y del traspaso de su manutención total o parcial a manos de los adultos de las familias por temporadas cada vez más largas.

Referencias bibliográficas

- BANCO MUNDIAL (2005). *Boceto provisional del Informe sobre el Desarrollo Mundial 2007. Desarrollo y la próxima generación*. Washington: Banco Mundial.
- BAUMAN, Zygmunt (2003). *En busca de la política*. Buenos Aires: FCE.
- (2004). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.
- (2005). *La sociedad sitiada*. Buenos Aires: FCE.
- (2006). *Vida líquida*. Barcelona: Paidós.
- BECK, Ulrich (1998). *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- BOURDIEU, Pierre (1988). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

- (1997). *Razones prácticas: Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- (1998). *Capital cultural, escuela y espacio social*. México: Siglo XXI.
- (2000). *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo.
- CACHÓN, Lorenzo (2002). «Las políticas de transición, entre las biografías individuales y los mercados de trabajo. Estrategia de los actores, lógicas y políticas de empleo juvenil en Europa». Ponencia presentada en la Conferencia Europea para Investigadores y Técnicos «Jóvenes y políticas de transición en Europa». INJUVE, Madrid, 6-8 de junio.
- CAMARANO, Ana Amélia et al. (2004). «Caminhos para a vida adulta: as múltiplas trajetórias dos jovens brasileiros». *Texto para Discussão*, 1038. Río de Janeiro: IPEA.
- CASAL, Joaquim (1999). «Juventud, transición y políticas sociales». En: *La nueva condición juvenil y las políticas de juventud*. Barcelona: Diputación de Barcelona.
- (2002). «TVA y políticas públicas sobre juventud». *Revista de Estudios de Juventud*, 59. Madrid: INJUVE.
- (2004). «Diez proposiciones sobre juventud». En: REGUILLO, Rossana et al. *Tiempo de híbridos: Entre siglos Jóvenes México-Cataluña*. México: IMJ.
- CASAL, Joaquim; MASJOAN, Josep y PLANAS, Jordi (1988). «Elementos para un análisis sociológico de la transición a la vida adulta». *Política y Sociedad*, 1. Madrid: UCM.
- CASTEL, Robert (2004). *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- CASTELLS, Manuel (2002). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*. Tomo I: *La sociedad red*. México: Siglo XXI.
- COLOMA, Fernando y VIAL, Bernardita (2003). *Desempleo e inactividad juvenil en Chile*. Santiago: Instituto de Economía, Pontificia Universidad Católica de Chile. Cuadernos de Economía, 119.
- CHARLÍN, Marcelo y WELLER, Jürgen (eds.) (2006). *Juventud y mercado laboral: brechas y barreras*. Santiago: CEPAL, FLACSO y GTZ.
- CHARLÍN, Marcelo; FERNÁNDEZ, Paulina y CAMELIO, Francesca (2006). «Propuestas sobre políticas, programas y proyectos para el fomento de la inserción laboral de jóvenes en Chile». En: CHARLÍN, Marcelo y WELLER, Jürgen (eds.). *Juventud y mercado laboral: brechas y barreras*. Santiago: FLACSO y CEPAL.
- DÁVILA, Óscar; GHIARDO, Felipe y MEDRANO, Carlos (2006). *Los desheredados. Trayectorias de vida y nuevas condiciones juveniles*. Valparaíso: CIDPA (segunda edición aumentada).
- DÁVILA, Óscar y GHIARDO, Felipe (2007). *Análisis de las encuestas nacionales de juventud (1997, 2000, 2003 y 2006)*. Mimeo.
- DÁVILA, Óscar y GHIARDO, Felipe (2008). *Inserción laboral y trayectorias sociales juveniles*. Valparaíso: CIDPA e INJUV.
- DU BOIS-REYMOND, Manuela et al. (2002). «Transiciones modernizadas y políticas de desventaja: Países Bajos, Portugal, Irlanda y jóvenes inmigrantes en Alemania». *Revista de Estudios de Juventud*, 56. Madrid: INJUVE.
- DU BOIS-REYMOND, Manuela y LÓPEZ BLASCO, Andreu (2004). «Transiciones tipo yo-yo y trayectorias fallidas: Hacia las políticas integradas de transición para los jóvenes europeos». *Revista de Estudios de Juventud*, 65. Madrid: INJUVE.
- ESPINOZA, Vicente (2001). «Indicadores y generación de datos para un estudio comparativo de capital social y trayectorias laborales». En: DURSTON, John y MIRANDA, Francisca (comps.). *Capital social y políticas públicas en Chile. Investigaciones recientes*. Volumen I. Santiago: CEPAL. Serie Políticas Sociales, 55.
- GOICOVIC, Igor (2002). «Educación, deserción escolar e integración laboral juvenil». *Última Década*, 16. Viña del Mar: CIDPA.

- INJUV (1999a). *Los jóvenes de los noventa: El rostro de los nuevos ciudadanos. Segunda encuesta nacional de juventud*. Santiago: INJUV.
- (1999b). *Anuarios de estadísticas vitales. Serie 1980-1998*. Santiago: INE.
- (2002a). *La eventualidad de la inclusión: Jóvenes chilenos a comienzos del nuevo siglo. Tercera encuesta nacional de juventud*. Santiago: INJUV.
- (2002b). *Matriz de condiciones mínimas de inclusión social juvenil: conceptos y objetivos*. Santiago: INJUV.
- (2004a). «Análisis longitudinal CASEN 1987-2000. Situación laboral de los jóvenes chilenos por región». *Documento de Trabajo*, 4. Santiago: INJUV.
- (2004b). *Cuarta encuesta nacional de juventud 2003: La integración social de los jóvenes en Chile 1994-2003*. Santiago: INJUV.
- (2006a). *Segundo informe nacional de juventud: Condiciones de vida y políticas públicas de juventud desde la transición al bicentenario*. Santiago: INJUV.
- (2006b). «Brechas y barreras a la integración al mercado del trabajo: un análisis a partir de las trayectorias a la luz de la encuesta CASEN 2003». Santiago: INJUV. Documento de Trabajo, 12.
- (2007). *Quinta encuesta nacional de juventud*. Santiago: INJUV.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS (1999a). *Anuario de demografía. Serie 1980-1998*. Santiago: INE.
- LARRACHEA, Ignacio (s. f.). *Desempleo juvenil en Chile: Propuestas a la luz de la evolución en los años 90*. Santiago: Expansiva.
- LASIDA, Javier y RODRÍGUEZ, Ernesto (2006). *Entrando al mundo del trabajo: Resultados de seis proyectos Entra 21*. Baltimore: International Youth Foundation.
- MACHADO PAIS, José (2000). «Las transiciones y culturas de la juventud: formas y escenificaciones». *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 164. París: UNESCO.
- (2002a). «Laberintos de vida: paro juvenil y rutas de salida (jóvenes portugueses)». *Revista de Estudios de Juventud*, 56. Madrid: INJUVE.
- (2002b). «Praxes, graffitis, hip-hop: Movimientos y estilos juveniles en Portugal». En: FEIXA, Carles et al. (eds.). *Movimientos juveniles en la Península Ibérica: graffitis, grifotas, okupas*. Barcelona: Ariel.
- MARCUSE, Herbert (1969). *Un ensayo sobre la liberación*. México: Joaquín Mortiz.
- MARTÍN CRIADO, Enrique (1998). *Producir la juventud: Crítica de la sociología de la juventud*. Madrid: Istmo.
- MESA-LAGO, Alfonso (2004). «Evaluación de un cuarto de siglo de reformas estructurales de pensiones en América Latina provisional». *Revista de la CEPAL*, 84. Santiago: CEPAL.
- MIDEPLAN (2001). *Situación de la educación en Chile, año 2000. Análisis de la VIII Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN 2000)*. Santiago: Mideplan. Documento, 4.
- (2004). *Encuesta de caracterización socioeconómica nacional. CASEN 2003*. Santiago: Mideplan.
- NÚÑEZ, Iván y MARTÍNEZ, Roberto (2004). *Classism, discrimination and meritocracy in the labor market: the case of Chile*. Santiago: Departamento de Economía, Universidad de Chile. Documento de Trabajo, 208.
- OIT (2007). *Trabajo decente y juventud: América Latina*. Lima: OIT.
- OLIVARES, Luz María y VICENCIO, Francisco (1995). «De los programas de jóvenes a las políticas de juventud: la experiencia FOSIS (1990-1994)». *Última Década*, 3. Viña del Mar: CIDPA.

- PNUD CHILE (1998). *Desarrollo humano en Chile 1998. Las paradojas de la modernización*. Santiago: PNUD.
- (2000). *Desarrollo humano en Chile 2000: Más sociedad para gobernar el futuro*. Santiago: PNUD.
- PUNTES, Esteban (2000). «Relación entre salarios y tipo de educación, evidencia para hombres en Chile 1990-1998». Santiago: Mideplan.
- SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio (2002). *Historia contemporánea de Chile V: Niñez y juventud*. Santiago: LOM.
- SANDOVAL, Mario (2002). *Jóvenes del siglo XXI: Sujetos y actores en una sociedad en cambio*. Santiago: UCSH.
- SERVICIO DE REGISTRO CIVIL E IDENTIFICACIÓN DE CHILE (2006). www.registrocivil.cl.
- TOKMAN, Víctor (2004). *El desempleo juvenil en Chile*. Santiago: Expansiva.
- TORRADO, Rosalba (2005). *Globalización y cambios en el trabajo*. Santiago: Centro de Estudios de la Mujer.
- TOURAINÉ, Alain (1988). «Un mundo que ha perdido su futuro». En VVAA: *¿Qué empleo para los jóvenes?* Madrid: Tecnos y UNESCO.
- UNIVERSIDAD DE CHILE (2004). *Compendio estadístico. Proceso de admisión año académico 2004*. Santiago: Universidad de Chile, DEMRE.
- WELLER, Jürgen (2003). *La problemática inserción laboral de los y las jóvenes*. Santiago: CEPAL. Serie Macroeconomía del Desarrollo, 28.